

deseada libertad que merece." En estas razones, cayeron todos los que las oyeron que Don Quijote debía de ser algun hombre loco; y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote; porque, sin decir mas palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y, recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á Don Quijote, encima de un hombro, por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que, jadeando, le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas, lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia pié ni mano; y así, creyendo que le habia muerto, con prisa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña, como un gamo. Ya en esto llegaron, todos los de la compañía de Don Quijote, adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y, con ellos, los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imágen, y alzados los capirotos, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo, en dos razones, cuenta de quién era Don Quijote, y así él, como toda la turba de los diciplinantes, fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decia: "¡Oh flor de la caballeria, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡oh liberal sobre todos los Alejandros; pues, por solos ocho meses de servicio, me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea! ¡oh humilde con los soberbios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!" Con las voces y gemidos de Sancho, revivió Don Quijote; y la primera palabra que dijo, fué: "El que de vos vive ausente, dulcisima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro





Bernardo Buaranco la inventó y dibujó.

Fernando Selma la grabó en Madrid. 1778.

encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombre hecho pedazos.—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho; y volvamos á mi aldea, en compañía destes señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama.—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.” El canónigo, y el cura, y barbero, le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro, como antes venia; la procesion volvió á ordenarse, y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debía; el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguía en ella; y, con esto, tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, Don Quijote y Panza, y el bueno de Rocinante, que, á todo lo que habia visto, estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes, y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y, con su acostumbrada flema, siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia; y, cuando conocieron á su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas, á su ama y á su sobrina, de que su tío y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron; las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él, sirviéndole de escudero; y, así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué, que si venia bueno el asno; Sancho respondió, que venia mejor que su amo. —¡Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho! pero contadme ahora, amigo: ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traeis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos?—No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion.—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mío, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza; y, por ahora estad contenta, que, siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.—Quiéralo así